**DOMINGO DE PASCUA-ciclo B**

La Iglesia vive la gran fiesta de la Pascua, la gran solemnidad de la resurrección de Jesucristo. Para ello nos propone el evangelio de Juan o el de Marcos, en los cuales se relata el camino de María Magdalena hacia el sepulcro vacío. En esta oportunidad usaré los dos evangelios porque se complementan entre sí. Recordemos que el centro del evangelio es el gran suceso de la resurrección de Jesús. El centro no es María Magdalena, ni las mujeres que la acompañaban, ni los discípulos. Jesús es el centro de toda la Escritura, y eso no hay que perder de vista nunca.

Ubiquemos el texto. Estamos en Jerusalén, el primer día de la semana (domingo), cuando todavía estaba oscuro, muy de madrugada. María Magdalena y las otras mujeres se dirigen al sepulcro donde estaba el cuerpo de Jesús. ¿A qué van ahí? A ungir el cuerpo de Jesús con aceites y cambiar sus vendas. Era el modo que tenían de conservar el cuerpo de un muerto. Significaba también un rito de purificación. Usaban un aceite especial perfumado. ¿Por qué van el domingo? Ellas sin saberlo estaban por iniciar el día consagrado al Señor: el día de su resurrección. Para el judío, el día santo era y es el sábado: día consagrado al Dios que los salvó de la esclavitud egipcia. Era el día de la Pascua judía, en el cual no se podía hacer absolutamente nada, sólo orar y agradecer a Dios. El domingo era un día normal, pero a partir de ahora sería “el día de la Pascua cristiana”. El camino hacia el sepulcro es un camino de oscuridad, de silencio, de preguntas interiores, de soledad. Un camino para decantar y digerir la vida, para recordar los gestos y palabras de Jesús; un camino para pensar en el Señor y en nadie más. En ese tiempo no había fotos ni videos para recordar a la persona amada: sólo está el corazón que sigue palpitando como puede, resistiendo a la tristeza y al abandono. El corazón se las ingenia para no perder las mejores imágenes de la persona amada.

En el camino se escucha una pregunta: “¿Quién nos sacará la piedra que cubre el sepulcro?”. Una gran pregunta: muy realista. ¿Cómo harían estas mujeres para correr una piedra tan pesada? ¿Le pedirían a los guardias romanos? ¿Cómo pedirles esto a personas que se han burlado de su Maestro, que lo han ridiculizado, que lo han martirizado con golpes, gestos y palabras groseras? Estas preguntas no están en el texto, pero tenemos que reconocer el valor de estas mujeres para dar este paso tan arriesgado para ellas justamente por su condición de fragilidad y de anulamiento en la sociedad que vivían. No es mi intención rescatar la figura de la mujer, sino la figura de quien ha tenido el valor de ponerse en camino aún en medio de grandes dificultades y tristezas. De quien ha dejado su dolor a un costado para hacer una obra de bien al hermano. De quien ha pensado más en Jesús que en sí mismo. De quien ha confiado más en el Señor que en sus propias fuerzas.

Ninguna de estas mujeres se imaginaría que la piedra estaría corrida y que el sepulcro estaría vacío. Ninguna pensaría que Jesús estaría resucitado, más bien se preguntaron dónde estaría su cuerpo. En el evangelio de Juan sólo cuentan a los discípulos que Jesús no está en el sepulcro. Y en el evangelio de Marcos, se encuentran con un ángel que les dice que Jesús ha resucitado y que lo anuncien a los discípulos. El primer impacto es miedo y duda. Como si la pérdida fuese más profunda, ya que no sólo Jesús estaba muerto, sino además que desapareció su cuerpo. Nadie se imaginaría que ese sería el día de la gran resurrección; de la victoria de la vida sobre la muerte. ¿Cómo cambiar la imagen de un Jesús muerto por uno vivo? El Espíritu Santo se encargará después de ayudar al intelecto a captar este gran evento para toda la humanidad. Lo que en un principio era sólo la muerte de un maestro, de un amigo, se convirtió en la resurrección del Hijo de Dios; en el inicio de nueva Iglesia, en el fundamento de nuestra fe cristiana. Estas mujeres jamás se imaginaron que serían las primeras testigos del evento más importante de la historia de los hombres.

La Virgen María es la gran ausente en este suceso tan importante de su Hijo. Los evangelios no dicen nada sobre Ella. Como si su persona pasara a un segundo plano: escondido, silencioso, inadvertido. Es como si Ella misma diera un paso a un costado para que otros fueran los protagonistas. Me imagino a María rumiando la Palabra, decantando lo sucedido, orando en su habitación. No se hace un proceso de hoy para mañana. La pasión y muerte de Jesús tenía que ser digerida, rumiada, decantada. Pienso que estaría feliz por la resurrección de su Hijo, aunque también creo que pensaría en todos los hijos que recibió cuando Jesús estaba en la cruz. Su misión de acompañar a la comunidad justamente a hacer este proceso de muerte y vida, tenía que ser orada en silencio.

Habría mucho más para desarrollar sobre los textos de hoy. Sólo he tomado dos renglones. Creo que la resurrección es el final feliz que todos esperamos, al cual no se accede sin antes pasar por la cruz. Creo que ninguno de nosotros puede decir que no tiene ningún dolor o ningún sufrimiento. Vivirlo con la mirada puesta en Jesús, ya nos coloca en el camino a la resurrección. Jesús ha vencido a la muerte…Lo sabemos!!! Y ésta es nuestra esperanza.